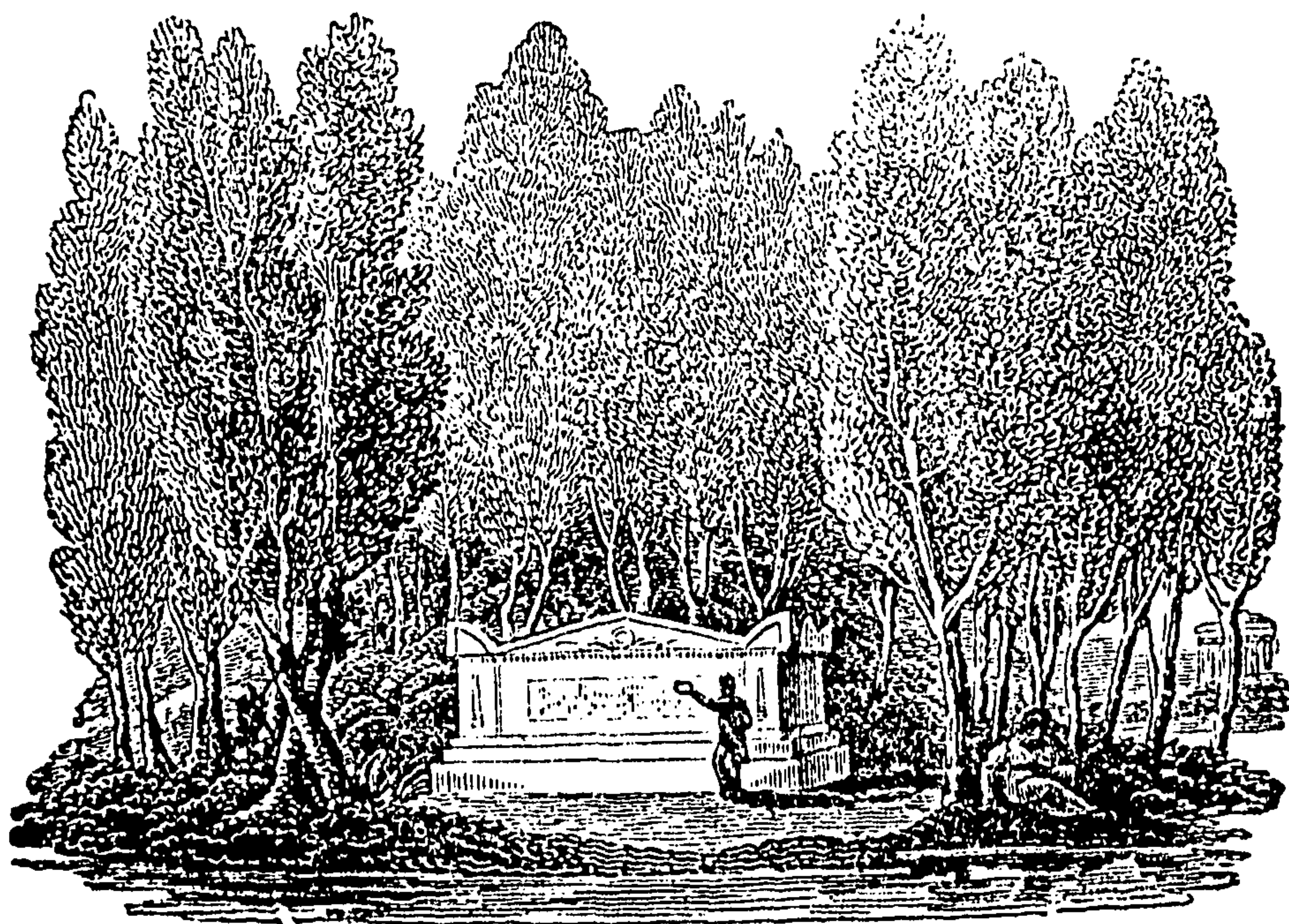


rido que le obedecía con dolor; pero que deseaba saber cómo podría hacerle llegar los hombres y tesoros que la acompañaban y le estaban destinados. Ni siquiera se dignó contestarle Marco Antonio. Volvió á Roma á suplicar á su hermano Octavio, que perdonase la demencia de su esposo.

Preciso es creer que la rival de Octavia se rodeaba de un prestigio poderoso. «Plutarco dice que era una muger chaparra, gruesa, risueña, voluptuosa, de entendimiento vivo y de un admirable arrojó: hablaba siete lenguas, con demasiada delicadeza poseia el arte de la coquetería, y hasta la última magnificencia el esmero del lujo. Desembarazado Octavio de Lépido, cuya cobardía le habia hecho refugiarse al abrigo del pontificado, desatendió las súplicas de su hermana, y aprovechó con ansia la ocasion de aniquilar á su colega y apoderarse del imperio del mundo. No referirémos esa gran tragedia que Shakspeare ha immortalizado, y que termina con la muerte de Antonio y Cleopatra. A pesar de sus vicios y la barbaridad con que trató á su esposa, barbaridad comun por otra parte á toda vida disoluta, no se puede menos que compadecerlo. Estos vicios dimanaban mas bien del ardor de los sentidos y de su carácter fogoso, que de una alma perversa. Era un soldado brutal, entregado á los placeres fisicos: acaso es menos odioso todavia que ese monstruo, ese Octavio tan frio, tan profundamente disimulado, tan ansioso de vengarse y tan indiferente al bien.



Luego que murió Antonio, se pacificó la república, es decir, reposó sobre cadáveres bajo la ley del tirano.